

A través del espejo

Tres preguntas sobre cultura y civilización

Hugo Hiriart

Mi amigo César Verduga me envió por fax seis preguntas sobre el tema de cultura, civilización y globalidad. Tengo algo que decir sobre las tres primeras y nada o muy poco sobre las restantes. Voy a darles respuesta aquí a esas tres porque están en zona de dudas, y, por tanto, pueden despertar cierta curiosidad. Las tres preguntas que voy a responder dicen:

(1) Semejanzas y diferencias entre cultura y civilización.

(2) ¿Caben varias culturas en una civilización, o varias civilizaciones en una cultura?

(3) ¿Piensas que el cambio de hoy es civilizatorio?, ¿por qué?

La palabra “cultura” tiene dos acepciones: una común, vulgar y difusa, y otra, que viene de la antropología, y es más clara y precisa. En su sentido vulgar la palabra agrupa las recreaciones de la gente “cultas”: libros, conciertos, ballet, pantomimas, etcétera. Ese sentido no nos interesa aquí.

En su sentido antropológico, cultura es todo el enorme conjunto de las capacidades, hábitos y conocimientos adquiridos socialmente, y que, por lo tanto, no están en la información transmitida en la genética. Dos consecuencias de esta definición son: (a) cultura se opone, en cierto sentido, a la naturaleza, es decir a lo instintivo o genético (es natural que me crezca el pelo, es cultural que vaya al peluquero y me lo corte). Algunos autores, como Rousseau, Freud o D.H. Lawrence han visto una irremediable tensión entre el impulso instintivo humano y su domesticación cultural. (b) La segunda consecuencia es que, dada esta definición, los animales no humanos pueden tener cultura, puesto que muchas especies animales pueden aprender imitando lo que hacen otros animales, y eso que aprenden no está

en su información genética. El ratonero pechínegro, por ejemplo, es una ave que aprende a romper los duros huevos de emú con piedras. Este pájaro, decimos, tiene esa habilidad cultural.

Ahora, civilización es algo muy diferente. Los animales no humanos pueden tener cultura, pero de ninguna manera civilización. Esta palabra forma parte de una familia de vocablos que dicen todos habilidades, conocimientos y capacidades exclusivas de los humanos. Por ejemplo, “ciudad”, “civismo”, “ciudadano”, “civil”, “cívico” o el verbo “civilizar”. Como se ve, la palabra remite a Estado, gobierno, ley, y es palabra que indica organización política, social y económica (y no refiere a antropología o zoología). Civilización se opone, no a naturaleza, como en cierto modo, cultura, sino a barbarie. Civilizar algo es someterlo a la racionalidad de la ley.

“Civil” se opone también a religioso, como cuando hablamos de matrimonio o de panteón civil. “Civilizaciones”, en plural, dice Raymond Williams, es voz de origen francés. Civilización occidental es la forma de organización económica, política y social, y las formas de vida que comprenden que los europeos heredaron al mundo (se usa para contraponerlo a las civilizaciones orientales, por ejemplo).

Ahora la distinción. Hay muchas culturas y pocas civilizaciones. Civilización es global e implica periodos largos de tiempo. En cambio, la noción de cultura se ha ido atomizando. Ya casi a cualquier cosa se la llama “cultura”. “No queremos fomentar la cultura del no pago”, dice Hacienda con su habitual incultura y falta de gracia. Cuando los antropólogos se refieren, con sentido, a “la cultura del caballo” se refieren al conjunto de habilidades, conocien-

tos, capacidades de la gente de campo, que incluye no sólo lo referente a la cría y uso del animal, sino la fabricación de sillas y demás arreos relativos, cierta indumentaria peculiar y hasta ciertos códigos de conducta. Así puede decirse, por ejemplo, “la cultura del caballo del charro mexicano deriva claramente de la cultura del caballo de Salamanca, en España”. Es decir, hay una cultura del caballo como ciertamente no hay una cultura del no pago. Porque la primera consiste en tradiciones precisas, que se aprenden por transmisión de padres a hijos, y la segunda no tiene nada de eso. No pagar es habilidad, hasta costumbre, si quieres, pero no puede elevarse esa astucia a la dignidad de cultura. Porque entonces podríamos hablar de “la cultura del asalto a bancos o a pasajeros de taxis”; lo que es absurdo.

Así pues, mi querido César Verduga, la segunda pregunta se responde sola: puede decirse que distintas culturas caben en una misma civilización, es necesario, debido a la diversidad de las actividades humanas. En cambio es ininteligible afirmar que diferentes civilizaciones conviven en una cultura. Civilización es no barbarie, y los humanos no conocemos otra manera de no barbarie que la ley escrita. Si una comunidad está regida, ya no digamos por muchos, por sólo dos códigos jurídicos diferentes, de seguro va a haber problemas de aplicación o cumplimiento de la ley (¿cuál de las dos rige cada caso?). En cambio es perfectamente posible, y aun, como digo, necesario, que en una comunidad convivan diferentes culturas. La cultura artesanal o la artística, por ejemplo, conviven con la industrial.

En un ensayo de 1830, Mill enumeró con su habitual claridad los pros y contras de la civilización, Su lista dice así: la humanidad ganó en multiplicación del *con-*

fort físico, avance y difusión del conocimiento, disminución de las supersticiones, facilidades en el intercambio con los demás, amabilidad en el trato y los modos de conducta, disminución de guerras y conflictos personales, progresiva limitación de la tiranía del fuerte sobre el débil, grandes trabajos logrados con la cooperación de multitudes. Por otra parte, los efectos negativos han sido, entre otros: pérdida de independencia, creación de necesidades artificiales, monotonía, desigualdad, pobreza sin esperanza.

Es muy pertinente que este último punto negativo figure en la lista, porque dice que la pobreza desesperada, la miseria de grandes grupos, es creación humana, o, mejor dicho, es error (con un toque de maldad) de nuestra civilización. La miseria no obedece a ninguna fatalidad histórica, social o de otro tipo, y podría no existir. Observa, de paso, que lo que dice Mill que ha traído la civilización difícilmente podría atribuirse a una o varias culturas.

Ahora examinemos un poco la tercera pregunta: ¿piensas que el cambio de hoy es civilizatorio? Creo que, por desgracia, no se puede contestar con un sí rotundo, aunque hay grandes esperanzas de que, a la larga, lo sea. Porque es preciso aceptar que se ha registrado cierto progreso moral. Y, por cierto, me parece importante aceptar que el progreso moral es posible, esto es, que el humano es perfectible. Negar esta posibilidad es caer en un pesimismo tenebroso de corte cuasi fascista (según la definición de Malraux, “todo pesimista activo es fascista”). Pero tampoco hay que ser ingenuo. El progreso moral se advierte en varios puntos. A saber, una actitud social cada vez más contraria a la violencia o la guerra, que se expresa, por ejemplo, en la desconfianza y repudio colectivo del discurso de patriotismo belicoso, que tantas desgracias ha traído al mundo. ¿Quién se emociona hoy con desfiles y marchas militares que, apenas en 1914, intoxicaban al espectador de estúpido y horripilante fervor? Éste es, sin duda, progreso civilizatorio.

También se advierte en la proliferación de organizaciones no gubernamentales en defensa de los derechos humanos. Cuando era yo niño no había una sola, nadie se podía meter en nada, y lo que es peor, a na-

die le importaba. Otro punto es el alcance internacional de estas instituciones civiles. Y esto del alcance internacional está inaugurando un nuevo y prometedor modo civilizatorio que se expresa, por ejemplo, en la posibilidad de que Pinochet hubiera podido ser juzgado por sus crímenes en Madrid. Y también, por supuesto, en la intervención pacificadora internacional en conflictos nacionales. Los cascos azules de la ONU están en no sé cuántos países, son muchos, por todo el globo. Pero, claro, la necesidad misma de esa presencia indica que por todas partes hay conflictos violentos y guerras no civiles, sino inciviles (como las llamaba Unamuno). Y estos conflictos muestran, con frecuencia, el retroceso a formas nuevas de barbarie. Por ejemplo, el terrorismo, bajo su especie de asesinato indiscriminado de civiles como argumento político. Cuando yo era niño esto no se

practicaba, había otras atrocidades (las de los nazis, por ejemplo), pero éstas, de este tipo, no.

El progreso o retroceso moral puede verse, en parte, como formas de ganar o perder sensibilidad, capacidad perceptiva, hacia ciertas cosas. Es progreso que nos estemos haciendo sensibles, por ejemplo, al sufrimiento de los animales y a su protección. Éste, sin duda, es un gran tema ético del siglo XXI. Es retroceso que haya grupos que consideren que estallar una bomba en un camión donde viajan desconocidos juntados allí al azar puede ser un acto político. Es decir, no entender que una sola vida humana, cualquiera, vale infinitamente más que todos los pronunciamientos políticos juntos.

Bueno, querido y admirado amigo, podría seguir, pero con esto basta: así, más o menos, es como yo veo la cosa que te interesa. Me despido y ten salud. **U**

